

207

Rafael Lugo Naranjo

A las magnolias de Quito.

**Dios mueve al jugador, y éste, la pieza.
¿Qué Dios detrás de Dios la trama empieza de polvo y
tiempo y sueño y agonía?**

Jorge Luis Borges

**De la niña ciega, de ella no estoy seguro. No he podido
imaginar los sueños de un ciego. Le preguntaré su
nombre cuando la vea.
Y el nombre del árbol al que esté abrazando.**

Dante Zumárraga

IGNACIO

He soñado que caía despacio sobre un campo luminoso. Que mi madre reía bajo un árbol rojo, dándome la bienvenida con gestos elocuentes. A su alrededor había césped de varios tonos de verde. En el mismo sueño, mi padre me abrazaba mientras rodábamos por la hierba. Fue un sueño de esos días tan tenues, antes de entrar al infierno.

Hace siete años escapé, dejando atrás cuerpos sin vida. Y, casi sin hacer ruido, mis voces imaginarias también se alejaron. En el cerebro, algunos desequilibrios químicos son asesinos y otros te inundan de ingenuidad.

Quito también padece de desequilibrios profundos e invisibles, como las quebradas enterradas bajo toneladas de calles. Durante estos siete años me he escondido dentro de la ciudad. He permanecido ajeno a los problemas gracias a que, por fin, di con las pastillas adecuadas para ser un tipo que convive tranquilo consigo mismo y con los demás. Son sigilosas dosis de ciertos elementos medidos en miligramos. Así de ínfimo es el peso que a veces te falta para no salir volando cuando sopla el viento enloquecedor.

Organizaré mi memoria, meditaré sobre mi estado actual. Es por la falta de aire y por la ausencia de luz que me urge definir mi situación presente y mis próximas horas de vida. Debo reconstruir mis días finales, no sé por qué.

¿Quién soy en este instante?

¿Seré lo que se diga de mí?

¿Cuál de todos los seres que fui será quien dé el último aliento?

1.

Le costaba recordar.

Los hechos y la cronología se desdibujaban. Tenía que esforzarse para recoger sus últimos pasos y confirmar su decisión de esperar el fin. Salvo unos pocos papeles escritos y algunas voces que conservaba consigo, sabía que el resto de recuerdos no serían de fiar. Sus memorias atropelladas agonizaban al mismo ritmo que su cuerpo.

Nunca fue muy lejos a pesar de la persecución que merecía. Ignacio vivió secretamente en un barrio pobre, donde despertó más miedo que los demás vecinos y donde tuvo mayores posibilidades financieras que todos juntos. La vida es una eterna comparación entre los que tienen más o menos de lo que sea. Desde dinero hasta campeonatos, pasando por conocimientos, miedo y salud. Si alguna vez sospechó que la moneda es el único y verdadero dios, en ese momento, y después de todo lo ocurrido, ya no tenía duda.

Los últimos años se mantuvo fuera de los peligros de su locura gracias a la medicación. Para controlar su delirio se arropaba en los efectos de gotitas amargas y pastillas.

El semiidiota en que se había convertido a causa de esa medicación era incapaz de reaccionar, era incapaz de inventar una excusa. Hasta perdió la facultad de enojarse y pelear. La adrenalina abandonó su organismo.

Vivir así fue como una condena de cárcel, pero la aceptó a cambio de no asesinar.

Curiosamente, tras el diagnóstico fatal, el cáncer le devolvió

la vida. Le reconectó las neuronas y le arrancó del letargo. La morfina y otras sustancias no podrían funcionar junto a los neurolepticos, por eso los especialistas desaconsejaron el uso de ambas cosas a dúo. Así, el cáncer lo resucitó para volver a matarlo. El Cáncer es Dios.

Se había escondido rodeado de pobreza, pero fue la enfermedad la que terminó de desaparecerlo.

Su fortuna, que había heredado, seguía ahí, pero decidió vivir en un barrio de clase popular, donde era el único tipo que caminaba serenamente en la noche y que se encerraba en el día. Durante los años se aprendió el nombre de casi todos. Cada vez que el reseo desconocido de gran nariz saludaba a alguien, con unos ojos tan opacos que parecían los de un viejo juguete de madera, las reacciones eran de nerviosismo. Hasta los ladrones del vecindario lo veían con timidez, pese a su flacura y lentitud. Esa facultad para retener nombres de gente insignificante fue el único ejercicio de nuevas memorias que su aplastado cerebro pudo cumplir.

La idea de que el pez grande se come al chico fue uno de los pilares de su fortaleza. Jamás aceptó reunirse con tipos que pudieran vencerlo en cualquier aspecto. “He sido siempre un pez grande, porque he escogido con sabiduría a mis vecinos de acuario”, le dijo a Virgilio un día.

El pez grande estaba muriendo. De pronto reparó en que había palabras nuevas en su vocabulario, producto de años de jugar con un cáncer que, poco a poco, se había llevado las piezas de su ajedrez. El rey estaba arrinconado. Conocía casi todo lo relacionado al páncreas y a su destrucción. Resultó que tener el corazón roto no es, ni de cerca, igual de malo que tener el páncreas roto. Es un asunto para poetas. Lo que años atrás pensó que serían piedras en el riñón, resultó ser una avalancha de cosas peores. Meaba raro y oscuro. Si el corazón es el órgano que enciende el amor, el páncreas es el que enciende la muerte. No hay poesía en un órgano con forma de raíz de jengibre.

Aquellos que años atrás se habían vuelto peces más grandes que él le pronosticaron cinco años de vida si la metástasis no prosperaba. Cuando le informaron el tiempo que le quedaba, parecía que la cifra era una concesión voluntaria y no el resultado de la enfermedad. Los médicos “le dieron” cinco años. Sin embargo, no fueron ellos los que tuvieron la decisión final, fue la muerte la que le dio un año más. Ella es el pez mayor. Se come a dios de un bocado. Su última visita a los especialistas que conducían su tratamiento fue el martes 13 de mayo de 2014. Que le quedaban tres meses en el mejor escenario, le dijeron. Fue un momento extraño, una mezcla de sentimientos, información, silencios y gestos de derrota. Quizá, en un intento por compartir el peso de las palabras que le rompían el piso, le contaron que el gerente de la clínica los había desfalcado. “Todos estamos mal”, comentaron, quizá aludiendo a que él se estaba quedando sin tiempo, y ellos, sin plata. Que por el juicio de mala práctica a una extranjera fallecida habían pagado un millón de dólares a los abogados y a los jueces, y que había otros tantos millones que nadie sabía dónde estaban. “El gerente sí sabe”, corrigió uno de ellos. “Seguro se fugará el hijueputa”, dijo otro de los doctores, mientras guardaba los resultados de los exámenes en sobres grandes y blancos. Después miró por la ventana como buscando en alguna calle el costoso vehículo en que estaría circulando el gerente que los había desfalcado. Le entregaron los sobres mientras Ignacio los escuchaba como se escucha el sonido de la nada. Poco le importaban ya los resultados de las acciones humanas de su entorno. Él era él y su metástasis. Era parte del sacrificio al que yo había decidido condenarlo.

2.

La Valparaíso es una avenida en las faldas del monte Itchimbia, en el sureste de Quito. Este barrio, que nació hace más de cien años, se llama La Tola. Y su nombre fúnebre resulta adecuado. Decir “sureste de Quito” refleja una visión caduca de la ciudad. El sur llega mucho más lejos y el este también. La Valparaíso está en la mitad de alguna de las mitades de la ciudad. Está más cerca del río Machángara que del volcán Pichincha, pero más lejos del horrible monumento a la Mitad del Mundo que de la horrible estatua de la virgen con alas del Panecillo.

En el taxi, en una de las cabeceras forradas de negro, Ignacio leyó un aviso en letras amarillas: “Prohibido comer, chupar helados y cortarse las uñas”. Respetó las normas expuestas y se bajó a tres cuadras de su casa. Quería cumplir su ritual de llegar caminando, escondido bajo la capucha y ocultándose la cara como un cura franciscano. Cuando se sentía más fuerte, se bajaba de los taxis a mayor distancia, usualmente detrás del enorme colegio Don Bosco. Después empezó a quedarse en el cruce con la calle Concepción, desde donde iniciaba su llegada, oliendo el humo de un par de ventas de carnes en palito. Pasaba la Manosalvas y luego la Aguirre. Algunas casas de esa calle tienen una franja de color ocre o rojizo a un metro veinte del piso. El resto es blanco o de otro color claro. Las construcciones más modernas son cuadradas, feas, repletas de publicidades de localitos de venta de cualquier chuchería o servicio. Es una zona detenida en mil novecientos ochenta, con el mal gusto de los “publicistas” de pacotilla que trabajan con muy bajo presupuesto. Se salvan del

mal gusto, pero no de la pobreza, una peluquería y una zapatería que siguen funcionando como hace décadas. Casi todas las casas confiesan estar ocupadas por tipos de gustos kitsch. Casi todas, salvo la que él ocupaba y la de su vecina. Las dos son bellezas, de inicios del siglo XX, con ese estilo entrañable que se diluye.

La Valparaíso gira hacia el este, rodeando las faldas del Itchimbía, y muere en la Vía Oriental. Cuando curva hacia la izquierda, aparecen las dos casas viejas, cada una con dos enormes árboles al frente. La de su vecina tiene un árbol de cepillo rojo y una chirimoya, la suya un guabo anciano y un ficus de hojas grandes. Quito tenía una digna hermosura antes del boom petrolero de los setenta. Unos pocos descubrieron petróleo y otros descubrieron el cemento. Las casas armónicas, de atmósferas cálidas, fueron derrocadas para crear nichos cuadriculados, horrorosos, que el negligente volcán Pichincha no ha tenido el buen gusto de volver polvo y acero retorcido.

Como todas las noches de los años pasados, muy pocos ojos se posaron sobre Ignacio mientras caminaba. La gente estaba acostumbrada a su presencia nocturna y silente. Pero esa noche ocurrió algo raro. Cuando estaba a pocos pasos de su puerta, un niño gritó: “¡Sidoso!”. Ignacio se volteó, pero no vio a nadie. Miró a la izquierda y se topó con el muro de la vecina y sus ventanas siempre cerradas. Después, cuando trató de abrir la puerta del cerramiento, lo escuchó de nuevo: “¡Sidoso!”. Algunos perros ladraron en respuesta al diagnóstico. Había llovido. Pasaron dos o tres autos e Ignacio aprovechó sus luces para insertar la llave en la cerradura. Sintió náuseas.

Subió las gradas de piedra pisando las hojas caídas y abrió la puerta de madera. Las bisagras crujieron para decirle que adentro la noche estaba más negra. Encendió la luz y la puerta se cerró a sus espaldas. El vacío de siempre se dejó ver en el corredor, en los pocos muebles, en el olor y en el silencio. No tenía ni una foto suya para darle la bienvenida. Pensó en llorar hasta que vio la chimenea. Hacía muchos años alguien le dijo que lo imaginaba

caminando sobre un piso de madera, con sus botas de cuero, hacia una chimenea. Ese alguien fue la madre de la mancha de sangre que hoy le arropaba. Él estaba vivo en ese entonces, muriendo a menor velocidad que ahora, pero vivo.

Virgilio llegó a los quince minutos. Dejó las bolsas plásticas con compras en la cocina y preparó café. El aroma subió hasta la habitación de Ignacio. Al rato, Virgilio entró sonriendo, con una taza para cada uno, e Ignacio lo vio mucho más viejo. No bebió el café, pero disfrutó olerlo y sentir el calor de la taza entre las piernas.

—Yo agonizo, pero vos envejeces. ¿Qué te pasa?

—No dormí ayer —le respondió Virgilio.

—Si estás cansado, quédate a dormir aquí.

—No gracias, compadre. Si paso aquí la noche, mañana mi carro estará desvalijado. Tu barrio está meado por el diablo.

—Me lo has dicho por años y nada malo nos ha pasado. Aunque hoy creo que me han gritado “sidoso, sidoso”. Creo que fue a mí, un guambra maldito.

—¡Qué buena idea! Eso nunca se me ocurrió. Ahora eres misterioso y sidoso. Te has ganado la invisibilidad total.

—Bueno, no es que la necesite por mucho tiempo más. Me ha dolido todo el cuerpo como si me hirvieran en aceite.

—Deja las antipsicóticas y tómate las del dolor por unos días. ¿Qué de malo puede pasar si regresan tus amigos por un corto tiempo?

—No mucho, una voz piensa que todavía tenemos cuerpo. Pero me estorba. Me avergüenza. Ir por la calle, y que me digan sidoso porque me estoy muriendo de cáncer, no me avergüenza. Oír gritar a un hijodeputa adentro de mi propia cabeza, sí. Es humillante.

—Escoge entre el dolor y las voces, mi flaco.

—Es fácil la respuesta. Y es solo una voz, por lo pronto.

—¿Solo una? ¿Cuál?

—Teo, el que más te detesta.

—Ese está loco de remate y es más malo que tú y yo juntos. Hasta te diría que prefieras el dolor.

—No puede hacer mucho con estos músculos aguados, la verdad.

—En eso tienes razón. Y eso, para que entienda de una buena vez quién es el real, el que existe.

—Es lo que le he dicho.

—¿Te volvió a decir que me asesines?

—No últimamente. Pero si me ves con un cuchillo en la mano, mejor me saludas desde lejos —bromeó Ignacio, abriendo los ojos con una expresión que quería ser tenebrosa.

—¿Cómo te fue en el baby shower de la muerte? —preguntó Virgilio, apartando la cortina para mirar hacia la calle.

—Conocí a una mujer lindísima, y no le hizo gracia tu chiste del baby shower. Y el fulano con la carga de morfina que me dijiste que me encontraría ahí nunca apareció.

—Yo lo buscaré, no te preocupes. Y la chica, ¿se hicieron amigos? ¿La volverás a ver?

—No, me dijo alguna huevada y me fui cabreado —explicó Ignacio.

—Mañana la irás a buscar, ¿verdad?

—Sí, por supuesto. La soberbia muere cien días antes que el cuerpo.

Virgilio sonrió. Ignacio ya hablaba “en días” en ese entonces. Virgilio se terminó el café en silencio. Cada uno estaba sentado en su propio sillón. Ya no les quedaba mucho de qué hablar salvo del presente, y su presente era insípido y lento. Amarillento y transparente. Cuando agonizas, todo tu tiempo es el presente, pensaba Ignacio. Virgilio miró algunas veces por la ventana para asegurarse de que su auto aún era ignorado por los pequeños súcubos que las alcantarillas de Quito sudan. Se despidió moviendo la cabeza, como diciéndole “no” al aire, y bajó. Ignacio oyó ambas puertas abrirse y cerrarse.

Virgilio salió en su auto y manejó hacia el norte hasta llegar

a su horrible casa cuadriculada, construida en mil novecientos ochenta y tres. Le quedaban pocos meses de su condena de cuidar a Ignacio.

[Comprar Novela Completa](#)